

ESTÁN EN UN MUNDO COMO EL MÍO

O tal vez no.

A la gente le suele enorgullecer el relacionarse con personas célebres, o que personas conocidas sean sus amigos; alardear, aunque sea, de haber compartido un café con Hitler, por poner por caso, o haberle vendido el pan al estrangulador de...creo que Boston.

"Oh, sí, ponía dos terrones y una mabecita de leche templada o venía, sí, cada mañana y se llevaba una barrita de Viena. Hablaba pero y parecía muy educado".

Eres una buena persona, pero anónima, y nadie se enorgullecerá jamás de ti.

Es así.

No haces daño a nadie, pero como nadie lo sabe nadie alabará tu falta de maldad.

Das de comer a gatos callejeros, y alguien te increpará para informarte de que lo que te estás gastando en gatos lo deberías de gastar en niños huérfanos. Nadie te increpará por no dar de comer a niños huérfanos si te encuentra en el cine, o en la peluquería, o comprando ropa o libros o zapatos; yo al menos nunca he visto que nadie diga "señora, eso se lo llevaría usted que gastar en otras cosas, que hay mucha hambre en el mundo"; pero cuando estás dando de comer a los gatos sí te lo dicen.

Day de comer a los gatos porque quiero a los gatos y, lo que es por mí, al común de los mortales ya los puede ir portiendo un niño.

No. Jamás me tomaría por las personas el trabajo y el esfuerzo que me torno por los gatos.

Las personas, igual que yo, viven en un mundo como el mío; y tienen sus prioridades, y sus preferencias, y su esquema de valores, y su egoísmo y su ambición y su mezquindad y las mil y una formas que cada cual encuentra para satisfacer sus más o menos bajas pasiones, y para escuchar sus miedos y para disimular sus defectos y errores. O justificarlos.

Yo no tengo nada por qué velar ni de qué ocultarme; ni por qué disimular mi aversión hacia el género humano.

Yo estoy completamente sola en el mundo y nada de mí le importa a nadie y soy cada noche, cuando ya es muy tarde, a poner su comida a los gatos; acostada siempre de encontrar alguno atropellado, en la calle Velázquez, o que alguno, de los pequeños, esté maullando o llorando en algún

O no todas.

Esta mañana lo he considerado mientras viajaba en el metro.

Es agosto y como ya no suelo leer en el metro ni los autobuses porque tengo que estar cambiando de gafas cada vez que levanto la vista y termino por sentirme mareada, mi mirada, tras deambular un rato errática, fue a posarse distraída sobre una pareja de extranjeros.

Eran de algún lugar de Suramérica, tal vez ecuatorianos, y su aspecto era el característico

que tienen las personas que no nadan precisamente en la abundancia.

Estaban sentados y hablaban entre sí no alto, mucho más bajo de lo que solemos hablar los españoles, pero sí animadamente; y se sonreían, la mujer gordezuela y con su brazo alrededor de los hombros del hombre que, bastante menos corpulento que ella, sostenía mientras conversaban un niño de... no sé calcular edades de niños tan pequeños, pero tal vez cinco, o seis meses.

Lo llevaban envuelto en una tela ligera, de color amarillo, no le veía por tanto la ropa y sí sólo la cara, medio cubierta la frente por una gorrita de visera que dejaba ver los ojos, la nariz, la boca, los mofletes... Todo ello con los rasgos inconfundibles de las gentes de aquellas latitudes.

Y no pude evitar sentir, aunque en buena lógica no tendría por qué, una especie de congoja.

Compasión, tal vez, y quizás sin razón, por ellos tan lejos de sus referencias y de sus afectos y de sus recuerdos; y tan condicionados, di en imaginar, por la privación de esa maravillosa irresponsabilidad que puede derrocharse a manos llenas cuando uno nada más ha de cuidarse de sí mismo.

Quien sólo debe atenderse a sí mismo puede desentenderse de infinidad de servidumbres porque elige

ESTÁN EN UN MUNDO COMO EL MÍO

someterse o no, doblegarse y transigir ante las exigencias o imposiciones de otras gentes a cambio de un salario irrisorio o, porque puede, reírse del mundo y ser el único dueño de su propia hambre.

Y compasión también por el pequeño, tan a expensas y tan en manos de padres tan maniatados por todo el cúmulo de acontecimientos que los colocaron en su situación de desventaja, no ya sólo económica y social sino esencial en lo más íntimo ante el hecho, ineludible, de *(algo tachado)*

Imaginé cuánto habrá de crecer esa criatura y por qué cantidad y variedad de experiencias habrá de transitar hasta llegar a ser adulto — o adulta, si era una niña — y tener un carácter, y una forma de entender la vida y de enjuiciar el mundo que será la que sus circunstancias le deparen y la que dé forma a su concepción de qué es dignidad, o respeto, y, desde esa concepción, cuáles de entre todos los ideales que el cada día le vaya brindando y moldeando en él — o ella, ya digo — serán los ideales nobles por los que merezca vivir y luchar en una tierra que, hay que admitirlo, siempre es hostil sea la que sea.

Hostil no por maldad de sus gentes — nosotros, los españoles, en este caso — sino por lo muy poco que posibilita el hacer que se sienta ligado a ella por otro vínculo, otro arraigo que no sea el derivado del afán tan inmediato de la subsistencia.